

Construcción de la Identidad de Género en Adolescentes Chilenas

Construction of Gender Identity of Chilean Adolescents

Daniela Fernández Olguín¹

En la adolescencia –en vista de los diferentes cambios corporales y psíquicos que conlleva– se torna como eje central la construcción de la identidad de género, proceso que articula lo individual con lo sociocultural. Esta investigación busca describir y analizar la construcción de la identidad de género de una selección de casos de adolescentes chilenas. Se recurre a la metodología cualitativa del análisis de casos y como instrumento de recopilación de información la entrevista semiestructurada. A partir de lo investigado, se expone que la identidad de género en la adolescencia femenina se construye de diversas formas: a partir de la aceptación de ideales de género, de la construcción de la intimidad y de las nuevas maneras de relacionarse con el sexo opuesto.

Palabras claves: pubertad, identidad de género, adolescencia, sexualidad, ideales de género

In the adolescent –in relation of the different bodily and psychic changes involved– becomes central axis the construction of gender identity, process that articulates the individual and the sociocultural. This research tries to describe and analyze the construction of gender identity in a selection of cases from young Chileans. A qualitative methodology is used to analyze the cases and as means to gather the information from a semistructured interview. From the researched, it is exposed that the gender identity is built in different ways: as the acceptance of gender ideals, of the construction of intimacy and as new ways of related with the opposite sex.

Keywords: puberty, gender identity, adolescence, sexuality, gender ideal

Recepción del artículo: 27.06.2012 - Aprobación del artículo: 27.07.2012

¹ Psicóloga. Licenciada en Psicología, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Diplomada en Teoría y Clínica Psicosomática, Instituto Chileno de Psicoanálisis. Correo electrónico: daniela.paz.f@gmail.com

Introducción

La adolescencia refiere el período en que los niños y niñas están en proceso de convertirse en adultos, a través de transformaciones físicas y psicológicas de suma importancia y complejidad. Las transformaciones y vivencias durante esta etapa son innumerables, pero principalmente se enfocan sobre la consideración del cuerpo adolescente y su relación con la sexualidad. A partir del desconocimiento y reconocimiento corpóreo que la joven experimenta, emergen nuevos modos de acceso a la sexualidad, lo que implica la necesidad de una reorganización de su subjetividad sexuada que ha sido construida durante la infancia temprana, reorganización que debe realizarse en el período de la adolescencia. Esta reconstrucción entrecruza los aspectos de carácter narcisista, en los que domina la representación del sujeto sobre lo que es el sexo en su cuerpo, y los aspectos intersubjetivos del encuentro con el otro sexo y la diferenciación con los modelos parentales (Dio Bleichmar, 2000).

En vista de estos cambios corporales y psíquicos, durante la pubertad y adolescencia son recurrentes los cuestionamientos en torno a la construcción de la identidad de género, en vista de la necesidad de interpretar los cambios corporales que irrumpen sin aviso. Para Tubert (2000) el nuevo ideal del yo de la joven transita por la identificación con emblemas que orientarán su identidad sexuada y genérica, los cuales son transmitidos de manera principal por la madre y por modelos culturales del entorno de la joven, propiciando la dialéctica entre separación e identificación. Durante la adolescencia existe una mayor intensificación de cumplir con los roles de género asignados por el entorno familiar, escolar y social; lo cual plantea la responsabilidad e influencia que los grupos sociales –en los cuales el púber y adolescente se desenvuelve– tienen en la subjetividad de la joven y en la instauración de ciertas maneras reconocidas como válidas de vivir su identidad de género.

Al contextualizar el tema en la realidad chilena, se refiere que las jóvenes vivencian su adolescencia bajo un modelo dicotómico para expresar el abandono de la infancia y cambios adscritos a este período, sobre todo en relación a la construcción de su identidad de género (USACH/MIDEPLAN, 2000). Pareciera existir una fama de discursos más variable sobre la multiplicidad de construcciones y comportamientos atribuidos a cada género, entre el tránsito por los roles tradicionales femeninos, pero también de nuevos intereses en función del mundo público y roles femeninos modernos. Esto propicia la construcción de identidades múltiples, en una

matriz que recoge las transformaciones sociales posmodernas, pero ancladas en la tradición y discurso maternal (Montecino, 1997).

Esta variabilidad implica mayor complejidad en el desarrollo de las adolescentes, ya que emergen distintas formas de significar y representar los cambios corporales y psíquicos que vivencian, los cuales se interrelacionan de forma sostenida con la construcción de su identidad. Dentro de su identidad se engloban diferentes dimensiones y categorías, siendo una de ellas la identidad de género, la cual es re-visitada por las jóvenes, bajo lo cual emergen distintas transformaciones que se enmarcan en historias particulares y singulares de vivenciar este cambio. Durante estas etapas se comenzará a desestabilizar el tejido significativo con el que la antes niña se las arreglaba, ya que la presión no es sólo corporal, sino también cultural; por lo que es imposible desligarla de la adolescencia como tal, más bien adolescencia alberga ambos procesos. De manera aclaratoria, y en vista del cruce entre ambas etapas, en esta investigación se indagará de manera más profunda en los comienzos de la adolescencia, el cual puede ser definido como adolescencia temprana, la cual se sitúa desde los 12 a 14 años (Burin & Meler, 1998).

Los acercamientos teóricos más contemporáneos que se han realizado para el estudio de la adolescencia se han enfocado o bien dentro del trabajo cuantitativo con la recopilación de información a partir de cuestionarios y encuestas, o bajo la predominancia de un enfoque biológico para comprender las consecuencias de estas transformaciones en las jóvenes, dejando de lado la influencia de lo psíquico y sociocultural al respecto (Burin & Meler, 1998; Montenegro, 2000; González & Montero, 2008). A raíz de esto, se hace necesario abordar el estudio de la identidad de género comprendiendo los diferentes procesos anímicos e intersubjetivos que tienen lugar durante la pubertad y adolescencia, reconociendo el carácter dinámico de estas etapas y su funcionamiento como un devenir personal e histórico (Bilbao & Morlans, 2009). Se torna pertinente lograr acercarnos a la realidad actual y contextualizada de estos procesos, indagando en la construcción de la identidad de género en la adolescencia de jóvenes chilenas, a partir de su propio testimonio y significados personales construidos en torno al evento. De este modo, el objetivo de la investigación consistió en describir y analizar la construcción de la identidad de género de jóvenes escolares chilenas pertenecientes a la comuna de Valparaíso.

En función de esto, se recurrió al psicoanálisis intersubjetivo como perspectiva teórica de trabajo, el cual busca la integración de la importancia que el psicoanálisis clásico asigna a la psicosexualidad y al inconsciente en la construcción del psiquismo, y el reconocimiento de la importancia de las condiciones intersubjetivas y sociohistóricas en el advenimiento de la subjetividad sexuada singular (Meler, 2007). Esta línea teórica se distancia de la postura psicoanalítica clásica teniendo en mayor consideración la importancia del aspecto vincular en la subjetividad y no exclusivamente el intrapsíquico (Lyons-Ruth, 1999), y a su vez integrando conceptos que se han mantenido alejados del psicoanálisis clásico, como el género –definido como “las significaciones atribuidas al hecho de ser varón y ser mujer en cada cultura y en cada sujeto” (Burin & Meler, 1998:19)– y su relevancia en la construcción de la subjetividad sexuada. El género no se relaciona sólo con procesos de socialización, sino que incluye procesos de significación personal, sentimientos, representaciones y fantasías inconscientes que dan forma, construyen y representan de manera individual al género, por lo que hay múltiples masculinidades o feminidades (Chodorow, 2011).

La identidad de género se comprende como un proceso dinámico y relacional bajo el cual se incorporan representaciones simbólicas y significados socioculturales asociados a la diferencia sexual. A partir de este objetivo se busca indagar sobre las condiciones sociohistóricas en las cuales se produce la construcción de la identidad de género en la adolescencia, considerando los contextos personales en los cuales estas transformaciones acaecen. De este modo, a partir de esta investigación se permite reflexionar sobre el anudamiento de las relaciones de poder y significados creados colectivamente en el cuerpo erógeno, lugar donde se inscriben regulaciones simbólicas e históricas vigentes (Meler, 2007).

Metodología

La estrategia de investigación utilizada fue el estudio de casos basado en metodología cualitativa, centrándose en la profundización de una situación determinada, siendo la información abordada de manera descriptiva e interpretativa.

Técnicas Utilizadas

La técnica utilizada para recoger la información correspondió a la entrevista en profundidad semiestructurada, la cual permitió una aproximación gradual al testimonio de las jóvenes

entrevistadas. Se realizaron entre 2 a 3 entrevistas por participante, de una duración de 45 minutos en promedio cada una. El número de entrevistas fue de acuerdo al principio de saturación de los datos, en tanto las entrevistadas no entregaban información nueva idónea a la investigación durante el transcurso de las entrevistas. Las entrevistas fueron realizadas de modo que cada joven se sintiera en confianza y libertad de hablar, lo cual requirió que no se preestableciera el número de encuentros, con el fin de no ejercer ningún tipo de presión.

En las entrevistas se establecieron temas generales sin restringir los contenidos emergentes que las mismas jóvenes introdujeran. Dentro de los temas que orientaron las entrevistas se invitó a las jóvenes a reflexionar sobre los cambios que habían visto en ellas mismas, a partir de lo cual se indagó en la emergencia de los cambios relacionados con el crecimiento puberal y adolescencia, y posteriormente se profundizaron los contenidos que referían a su sexualidad y construcción de identidad de género (como lo que significaba para ellas ahora dejar de ser niñas, convivencia y relación con el sexo opuesto, ideales sobre lo femenino, etcétera). De igual forma, se rescató dentro de las entrevistas que cualquier historia o respuesta que se les ocurriera era importante y válida. Además, si bien el problema de investigación se enfoca en la construcción de la identidad de género en la adolescencia, se indagó en el proceso de infancia y años anteriores, ya que a partir de esta reconstrucción podían emerger elementos sobre su identidad de género que posteriormente fuesen comprendidos o representados por las jóvenes, a modo de *après-coup*.

El análisis del material recolectado se basó en un análisis de contenido categorial, el cual es pertinente para intentar descubrir los significados y representaciones a través de los testimonios de las jóvenes. Para Glaser y Strauss (1987, citados en Mella, 2003), este tipo de análisis consiste en la reelaboración y reducción de los datos a partir de su carácter emergente. Este tipo de codificación abierta implica una determinada transformación del material operada por reglas definidas por parte del investigador, las cuales deben ser teóricamente justificadas mediante la interpretación adecuada (Navarro & Díaz, 1998; citados en Cabezas, Nebrada & Urra, 2002). El proceso de análisis de contenido se organizó en torno a tres fases (Bardin, 1996): preanálisis, aprovechamiento del material y tratamiento e interpretación de los resultados.

Criterios de Rigor de la Investigación

Como criterios de rigurosidad en la investigación fueron utilizados los criterios de exhaustividad y homogeneidad de los textos y entrevistas. La exhaustividad refiere tener en

cuenta la totalidad del material. La homogeneidad implica que la selección del material recopilado se realice bajo un criterio de selección preciso sin caer en la excesiva singularidad (Bardin, 1996).

Los resultados fueron sometidos a un proceso de verificación intersubjetiva en conjunto con un experto en el tema, para contrastar o comparar los resultados e ir incorporando nuevos hallazgos que pudiesen incluir modificaciones en el diseño de la investigación. Como plantea Pérez Serrano (2001), otro criterio de validez en que se basa el proceso metodológico empleado para la recolección y análisis del material es que éste puede ser replicable en casos de similares características.

Es importante precisar que “Los estudios de casos permiten generalizaciones (...) Su fortaleza yace en su atención a la sutileza y complejidad del caso” (Pérez Serrano, 2001), permiten una generalización analítica a partir de la cual se intenta establecer una generalización específica para este caso y no para otros, pero que sí puede ser relacionada con otros casos semejantes.

Definición de Muestra

El estudio se efectuó en base a una selección muestral de cinco estudiantes chilenas que cursaban séptimo básico en una escuela municipal segregada por sexo, de la provincia de Valparaíso. La elección del lugar responde a criterios prácticos debido al acercamiento inicial con la profesora jefe del curso, mediante su participación en una organización comunitaria con enfoque de género. Se recurrió a un muestreo intencional de caso típico cuyos criterios fueron: todas las jóvenes tenían entre 12 y 13 años, habían presentado su menarquia dentro del año recién transcurrido en el momento de las entrevistas (el cual corresponde al año 2010), interés voluntario de participación en la investigación y consentimiento firmado del apoderado para participar en la entrevistas.

De este modo, la muestra quedó integrada por Alejandra (hija única de 13 años, siendo la mayor dentro la muestra), Gabriela (de 12 años y quien había presentado sus cambios corporales de manera más precoz dentro de la muestra, a los 11 años), Danitza (de 12 años y participante activa de la iglesia evangélica), Loreto (de 12 años y la última de la muestra que había presentado su menarquia) y Claudia (de 12 años, quien refirió sentir molestia de los cambios corporales que

acaecían por burlas de su padre y tíos)². Todas las participantes, además de cumplir con los criterios expuestos anteriormente, asistían a clases de manera permanente y vivían con uno o ambos padres.

Las jóvenes entrevistadas pertenecían a una escuela segregada por sexo (no mixta) de la comuna de Valparaíso. Este establecimiento albergaba alumnas desde pre kínder a octavo básico, quienes –dentro de los análisis situacionales y visión del profesorado– pertenecían a un contexto familiar y socioeconómicamente vulnerable. Según Sánchez (2003), las jóvenes que se desenvuelven en escuelas segregadas por sexo femenino se muestran más abiertas sobre el tema de la menarquia y cambios corporales puberales, vivenciando esta experiencia con menos vergüenza y más orgullo que las jóvenes que asisten a escuelas mixtas. La realización de la investigación en un establecimiento de este tipo entrega elementos más específicos y contextualizados para comprender los cambios y procesos en la identidad de género para las jóvenes. Según datos del Ministerio de Educación (2007) sólo un 7% de los estudiantes a nivel nacional asisten a escuelas diferenciadas por sexo, siendo mayor el proceso de ampliación hacia la educación mixta (Silva-Peña, 2010).

Resultados

En base al proceso de codificación realizado de manera emergente con el material extraído de la totalidad de las entrevistas, se construyeron 3 categorías de análisis, las cuales serán expuestas a continuación. En términos generales, los cambios corporales ocurridos son referidos por las jóvenes como un tema secreto e íntimo, que implica un cambio en su subjetividad. Las transmisiones que la joven recibe sobre la menarquia –por ejemplo– como paso de la niñez a la adultez, representan para ellas el ingreso al mundo femenino, identificándose con otras mujeres que también han vivenciado este cambio. De este modo, las jóvenes se reconocen como diferentes a quienes eran, y al mismo tiempo, similares a otras mujeres. Por este reconocimiento con el similar, se instituyen limitaciones con el otro reconocido ahora como diferente, quien se excluye y no tiene derecho a acceder a esta intimidad y resguardo con el que se vive la menarquia.

² Los nombres utilizados son ficticios para mantener la confidencialidad de las entrevistadas.

El otro diferente es para las jóvenes quien no ha vivenciado este proceso, sobre todo la figura masculina. De este modo, se comienzan a construir y reconstruir maneras de vincularse, desvincularse y representar al sexo opuesto visto como lejano y en oposición. Además, las jóvenes observan que muchos de los cambios corporales de la pubertad dentro de la esfera social son un tema tabú, que no se habla ni se menciona a pesar de que todos tengan conocimiento de su existencia, lo cual hace más importante el reconocimiento de la confianza y similitud con el otro para narrar estas transformaciones, así como la exclusión del diferente –mediante el tabú– en las pocas conversaciones cotidianas sobre el tema.

El Cuerpo en el Orden de lo Femenino: El Cambio de Niña a Mujer

A partir de los cambios corporales –sobre todo la menarquia como símbolo– las jóvenes expresan haber vivenciado cambios en su propia subjetividad, alejándose del mundo infantil para sentirse más cerca del mundo adulto: “me di cuenta que estaba creciendo y ya no soy la misma de antes, porque ya no soy, no estoy con las muñecas” (Claudia). Por medio de las palabras, consejos y limitaciones que las jóvenes reciben –sobre todo por parte de la madre–, se transmiten mayormente ideales de género, los cuales son apropiados sin cuestionamientos. Muchos de los actos relacionados con la infancia son prohibidos y evitados, siendo privilegiados otros tipos de actividades, ideales y roles con los que desenvolverse y que se acerquen al “ser señorita”.

Las jóvenes refieren: “porque, sabía que una vez me... iba a cambiar entonces... de repente como que me dije sí, tenía que cambiar, tenía que ponerme más madura, entonces no podía seguir como antes” (Danitza), o por ejemplo: “ahora piensan de una manera distinta, porque igual uno antes pensaba en los amigos, de andar jugando... y ahora como que no... conversar, hablar de las personas” (Gabriela). Alejandra manifiesta: “ahora me estoy arreglando, como que me interesa más lo que la demás gente piense de mí, antes no, como que me vieran así y soy... una persona más, ahora no... ahora quiero ser bonita”. Este nuevo orden que se transmite a las jóvenes debido al paso de la edad y cambios propicia la búsqueda del cumplimiento de los ideales del yo femenino, que determinarán lo debido e indebido para cada género. Dentro de los testimonios de las jóvenes, se destacan el ideal de cuidados, refiriendo ser más preocupadas por los otros e interesarse en conversar con otras personas y escuchar sus problemas en vez de jugar, y los ideales centrados en la seducción y belleza corporal como atributos necesarios para sentirse femenina y obtener el reconocimiento del hombre (Dio Bleichmar, 1985, 1997; en Carril, 2000),

como fue descrito por Alejandra: “sí, porque también me gusta que los otros me vean que estoy más arreglada, sí... me gusta que me vean bonita”. Así, se refiere la importancia de la comprensión dentro del entorno de la joven sobre lo que se entiende por “ser una señorita” y las limitaciones y resguardos que ahora debe mantener y que le son transmitidos.

En el caso de Danitza –joven que como se mencionó pertenecía a la iglesia evangélica– estos cambios son motivo de “celebración”: “en la iglesia de nosotros dicen que eso es mejor, porque es un cambio de etapa... de niña a señorita y no podís, por... así como volver a atrás, tenís que dejarlo ir. Así que... me... me dije a mí misma, ya po, ya po... si eres una señorita, tienes que comportarte como tal”. De hecho, plantea que si bien ella se sentía más grande y madura, esto no tenía que ver tanto con cambios en su vida familiar, sino más bien con un cambio en ella, el cual es propiciado por su menarquia y el ingreso al grupo de Alabanza en su Iglesia. Danitza manifiesta que la falta de celebración del cambio de etapa ocasiona que muchas jóvenes no quieran aceptar el abandono de la infancia: “que dicen que una persona o una niña que cambio de etapa así como que le cuesta aceptar el cambio, de repente, porque uno dice ya, ya soy señorita y me tengo que comportar como tal y a veces uno no quiere aceptarlo”. Este apoyo que la joven siente, que no sólo su familia transmite sino que se apoya en la institución de la Iglesia, funciona como un reconocimiento y acompañamiento social del pasaje de un estado a otro, que no se manifiesta en el resto de las jóvenes entrevistadas, como Beauvoir (1949) relataba ejemplificando la menarquia: “Sin embargo, la niña se desengaña muy pronto, porque se percata de que no ha adquirido ningún privilegio y que la vida sigue su curso. La única novedad consiste en el sucio acontecimiento que se repite todos los meses (...)” (p. 253). La falta de reconocimiento y ritos en torno a este pasaje, favorece que las jóvenes se sientan y mantengan en un estado “liminal” – como refería Van Gennep (1969) – asociado con tabúes y dificultades para reconocer y reconocerse en su nuevo estatuto.

A partir de los cambios corporales que acontecen –sobre todo la menarquia– las jóvenes sienten que ingresan a una etapa que toda mujer debe vivenciar, mediante la cual se diferencian e identifican con otras mujeres dentro y fuera de la familia: “porque sabía que me iba a pasar algún día, estaba segura, algún día a todas nos tiene que llegar...” (Claudia). Identificar a otras mujeres que también han experimentado estos procesos contribuye a disminuir la sensación de soledad con la que las jóvenes vivencian este momento, sintiendo más tranquilidad al saber que no son las únicas que han pasado por estos cambios.

De este modo, para las jóvenes se imponen diferentes actividades que las jóvenes sienten que deben abandonar, se transmiten ideales de género aceptados por las jóvenes, los cuales son observados en otras mujeres –sobre todo dentro de la familia–, quienes son reconocidas como iguales al haber vivenciado también la menarquia. Debido a esto, de manera paulatina las jóvenes se otorgan un sentido de sí mismas a partir de la determinación de la igualdad con el otro, lo que propicia que sientan que este cambio es “normal” y que no deben sentirse mal o avergonzadas. En el caso de Loreto, la observación de cambios en sus compañeras propició también un cambio actitudinal y estético que se asemejara al de ellas: “no, si yo me refiero a la libertad así como no andar tan peinada... o...no... como que... es que yo antes, suponte antes uno usaba una calceta y ahora se ponen dos, tres... cosas así...”.

La Construcción de la Intimidad Como Parte de lo Femenino

Para todas las jóvenes –en diferentes grados– los cambios corporales vivenciados son temas que se inscriben dentro de la esfera privada y de la intimidad, sobre todo y de manera más fuerte la menarquia: “uno no quiere... al menos... no quiere que muchas personas sepan de él” (Loreto). Dentro de los testimonios realizados por las jóvenes, estos cambios son vivenciados como un secreto que se resguarda en su privacidad y que se transmite de manera intergeneracional y selectiva dentro de su grupo de pares y familia, creando formas de intimidad e historización a partir del silencio y el secreto como instancias necesarias. De este modo, el secreto ayuda a conservar de manera individual –y también grupal– lo prohibido de decir que impone el cuerpo, la sexualidad y la adolescencia.

El resguardo de cada joven se representa como el derecho a tener un espacio propio, un espacio psíquico que permita elaborar en la intimidad y de manera personal los cambios que las jóvenes van vivenciando y buscando comprender. La idea del “adolescente como un aislado” que refiere Winnicott (1962) plantea esta necesidad y derecho que las jóvenes expresan en torno a la defensa contra el ser descubiertas en sus transformaciones físicas y psíquicas: “La preservación del aislamiento personal forma parte de la búsqueda de identidad (...)”. La intimidad significa la construcción de este espacio psíquico, el cual puede compartirse a partir de una elección y reconocimiento de la confianza construida con otras personas mayormente dentro de la familia, como también fuera de este espacio, con algunas amigas.

Esto ocurre en pocas ocasiones, ya que las jóvenes refieren no confiar totalmente en sus propias compañeras de curso y, por ejemplo, sólo haber contado sobre su menarquia de manera descriptiva a una amiga o en conversaciones grupales reducidas, en las que sólo importa saber quién vivenció su menarquia o quien ha tenido experiencias afectivas y/o físicas con el otro sexo: “ahora son... cosas muy difíciles, porque de repente uno le dice a alguien y así como que... así como... así como se deforman, abren los medios ojos así y dicen ¡te llegó la menstruación! ¡te gusta alguien! Entonces, así como que lo gritan, entonces uno... no sabe mucho en quien confiar...” (Danitza). Esta falta de confianza es un factor que contribuye a que las jóvenes se sientan amenazadas por burlas de parte de sus compañeras e instituyan el tabú a referirse a estos temas dentro del grupo: “todos van a andar rumoreando o... después todos van a saber, te van a apuntar,... pero es normal eso, pero hay gente que no lo toma como tan importante” (Claudia), alejándose de sus compañeras. Si bien se plantea la importancia del secreto como construcción del espacio psíquico, es importante destacar que esta necesidad de intimidad se justifica por un tabú en torno al temor del ser descubierto que se relaciona con la vergüenza.

Según Elise (2009) la vergüenza emerge a partir del sentimiento de inferioridad, inadecuación e incompetencia con el que el propio sujeto se ve a sí mismo como fracaso, con una herida narcisista. Como planteaba Tubert (2000) los cambios corporales experimentados en la pubertad son vivenciados como heridas narcisistas, pudiendo inferirse que la vergüenza emerge ante la menarquia debido a que ésta representa el cambio puberal más importante para las jóvenes, el cual simboliza esta herida narcisista y sentimientos de inadecuación relacionados, movilizand mayores emociones y representaciones al respecto. La vivencia pública de la sexualidad como generadora de vergüenza, como un daño narcisista que genera temor a la sanción social ocurre en la mayoría de los casos, menos para Danitza, quien planteó que esto sucedió sólo en un primer momento y que gracias a las palabras de su madre esta vergüenza desapareció.

Pero la vergüenza no es una sensación individual, ya que para que emerja es necesaria la consideración de la experiencia intersubjetiva, siendo ineludible la presencia de otros para la joven, que observen y sancionen este cambio. Existe un temor a la reacción desconocida del otro, que se vivencia como un peligro –real o psíquico–, lo que propicia la institución del tabú y el resguardo (Freud, 1918). En estos casos, el tabú busca mantener dentro de lo privado estas experiencias, ya que no se sabe la reacción que el otro podrá tener al conversarse sobre estos

temas: “o sea, yo sé que todos saben, pero... no... no es como normal el tema, o sea se habla con la gente de confianza no más” (Claudia).

El resguardo de la sexualidad dentro del espacio privado se ve favorecido por la transmisión cultural que se hace de esta idea, en tanto las jóvenes reconocen que dentro del espacio escolar o incluso social no existen referencias al tema: “hay compañeras que no hablan ni del tema o si uno le habla del tema, así como que hablan de tema... así sí po, porque... tiene que andar con secretos, y si uno le pregunta algo no dicen nada...” (Danitza). Así, mayormente las jóvenes refieren no tener tanta confianza con sus compañeras, compartiendo estas temáticas sólo con una amiga elegida por la confianza y lealtad que ha demostrado al guardar anteriormente otros secretos.

Por ejemplo, la relación entre menarquia y sexualidad puede ser uno de los motivos de la vergüenza y resguardo que muchas jóvenes refieren: “porque de repente te sentís como... como que todos estuvieran así mirándote, como diciendo ella es la que le llegó menstruación... entonces da como un poco de vergüenza eso” (Danitza). Se construyen precauciones y defensas a que el tema sea develado, las cuales tienen como centro la importancia de la confianza en el otro para evitar que estos secretos se descubran: “hay personas que... que... no sé, pueden estar... pueden decirle a los demás, yo no confío mucho en esas personas, porque por ejemplo, ellos me dicen que van a guardar el secreto y lo cuentan. Y eso, en esas no confío... Pero las personas que lo guardan, ellos sí...” (Alejandra).

Por esto, las jóvenes dan cuenta de la ausencia de espacios en los que puedan compartir y reflexionar sobre estos temas, viviendo estas experiencias dentro de lo privado y sintiendo que el hecho de manifestarlo de manera amplia tendrá como repercusión una sanción social por parte del grupo. Este sentir de las jóvenes fue manifestado en las entrevistas, ya que manifestaron el haber podido –por primera vez– “desahogarse” y “ordenar” su experiencia a través de la conversación. De esta manera, el resguardo y la intimidad se hacen como necesarios en la construcción de la identidad femenina, en tanto “una señorita” no refiere sobre el cuerpo y la sexualidad.

La Sexualidad y el Encuentro con el Otro: “Vivirlo es Diferente”

Gracias al reconocimiento con el otro similar y diferente se construyen limitaciones en el decir público sobre los cambios corporales, psíquicos, emocionales y sexualidad en general como tema

de conversación, cuyo motivo es el desconocimiento de la reacción que el otro diferente –puesto en un lugar de oposición– puede tener. La importancia de la confianza para hablar sobre los cambios corporales y sexualidad, es precedida por la relevancia que adquiere el reconocer y saber que la otra persona con quien la joven se relaciona comprende estos procesos y logra empatizar con ella. Esta diferencia va a ser fundamental para establecer la confianza y el temor al diferente, mediante el imperativo del resguardo y la privacidad para algunas personas más que otras.

Así, esta elección se hace en base a la certeza de saber quién ha vivido estas experiencias y, a causa de esto, se ponen límites y órdenes en torno a quién puede acceder a esta esfera íntima y con quién compartirla. Por una parte, se pone como oposición a compañeras de curso que no hayan vivenciado estos cambios corporales “como que, que le, como que le cuento a los que ya, a las que ya tienen la menstruación o están más grandes, porque las que no tienen como que no saben todavía, como que a las que tengo más confianza...” (Alejandra).

Pero de manera general, como lo referían González y Montero (2008), son los hombres las personas que encarnan esta figura de alteridad desconocida de mayor incompreensión e ignorancia, y frente a los cuales es más estricto el resguardo para cada joven, ya que ellos nunca vivenciarán estos procesos: “pienso que son ignorantes porque ni saben, hablan sin saber... porque a ellos no les ha pasado eso” (Claudia), o como refiere Alejandra “porque ellos no saben, no es como...no es, como sentirlo al explicarlo es diferente que al sentir y tener la menstruación”, quien también agrega una sensación de injusticia al comparar los cambios que cada sexo debe vivir: “que alguna vez... también les llegará (la menstruación) pa que... porque ellos no se sienten incómodos, y pueden hacer todo normal... o sea a ellos, les cambia la voz pero... a nosotras... las mujeres se les nota más quieta...”. En este sentido, la ignorancia de los hombres es aún mayor y en base a esto –según las jóvenes– ellos deslegitimizan los cambios corporales que acontecen y su importancia en la vida de la mujer: “sí, pero con los hombres como que me daba vergüenza (...) cuando... sale la sangre... yo creo que se van a dar cuenta y me van a decir que asco o que está saliendo sangre o pelos” (Alejandra). Así, las resistencias y la sensación de injusticia que las jóvenes manifiestan, son fomentadas por estas representaciones construidas y transmitidas por el sexo opuesto, que las mismas jóvenes refieren.

La representación de la figura masculina bajo el grupo de “los hombres” es descrita por las jóvenes como ignorante y poco empática. Al no vivir nunca estos procesos, jamás entenderán lo

que significa, los cambios subjetivos, la conformación de su identidad de género; y por esto se burlarán o construirán ideas falsas en torno a estos temas. Esta diferencia expuesta por las jóvenes se construye como oposición más que como integración, por lo que puede inferirse que el contexto de educación segregada por sexo mantiene esta idea de dos grupos con los que no se puede tener un diálogo y convivencia, manifestándose por parte de las jóvenes –y a su vez proyectando en la figura masculina– desconfianza, recelo e incompreensión.

Para Freud (1918) la diferencia es representada como un peligro, ya que amenazaría la imagen de completitud y omnipotencia que el sujeto desea mantener. El “narcisismo de las pequeñas diferencias” es para Freud la respuesta a la tendencia del sujeto al “tabú del aislamiento personal”, separándose de los demás por “pequeñas diferencias” –no obstante sus semejanzas– que fundamentan un sentimiento de ajenidad y hostilidad hacia el otro. Por esto, las “pequeñas diferencias” con el otro –en este caso con quien no ha vivenciado la menarquia– son sobrellevadas por la joven mediante la limitación, separación y aislamiento del otro diferente, que incluye el sexo masculino y en ocasiones a otras jóvenes que no hayan vivenciado la menarquia, también posicionadas –aunque en menor medida– como lejanas y diferentes.

A partir de las características que las jóvenes sienten que los hombres otorgan a los cambios corporales ocurridos, se construyen diferentes representaciones y atribuciones para cada sexo, lo cual proporciona una manera de entender cómo lo vinculado con la sexualidad es representado socialmente y otorga un lugar para los sujetos en las relaciones sociales en la etapa de la pubertad e incluso antes. Como refería Godelier (1998, 2000), mediante estas representaciones impuestas al cuerpo, se organizan relaciones sociales que transmiten el poder de un sexo sobre otro, como por ejemplo en el caso de Claudia quien plantea tener que callar cuando escucha las burlas y molestias de parte de los varones de su familia: “yo sé que porque ellos son mayores y yo sé que ellos me van a poner cuática”.

Las jóvenes se resignan a que, a pesar de sus esfuerzos por mantener la menarquia en la esfera privada, aun así todos saben de su existencia y sobre todo los hombres se sienten con el derecho a opinar sobre ésta, aunque no la vivencien ni lo puedan hacer a futuro. Para ellas se constituye una relación asimétrica, ya que si bien las mujeres poseen algo que los varones no –como la menstruación, por ejemplo–, ésta socialmente determina características y atributos negativos, transmitidos a partir de la ignorancia de quienes no han vivenciado este proceso; y frente a lo cual

las jóvenes, a modo defensivo, erigen tabúes. Como refirió Danitza, una de las únicas jóvenes dentro del grupo que tenía una relación de amistad cercana con varones de su edad: “yo sí creo que podrían entenderlo... pero una cosa es que puedan entender y la otra es que no quieren entender...”.

En base a este imaginario construido de la figura masculina es que se edifica un velo y una prohibición a que ellos accedan al conocimiento de esta experiencia. Para las jóvenes, “los hombres” representan este otro diferente y hostil, sintiendo al mismo tiempo de parte del grupo masculino la atribución de ser ellas mismas diferentes debido a la incompreensión de los cambios corporales y sexuales, configurándose una relación de polaridad y exogrupo entre hombres y mujeres. Si bien Danitza se alejó de estos comentarios, planteando que a ella no le da vergüenza que los hombres sepan sobre sus cambios corporales y emocionales, ya que tenía relaciones de amistad con varones dentro de su grupo de amigos de la iglesia, refiere que no ve necesario que ellos sepan sobre este tema: “no es que piense cosas malas de él, pero... o ellos, pero son como, es que yo... es que ellos sirven como más para jugar así (ríe), para apoyarte y todo eso pero no son como para poder... para contarle las cosas”.

Así, a partir de la diferencia sexual –la cual no significa sólo la diferencia genital, sino también la diferencia de procesos corporales puberales, psíquicos y vinculares que ellas observan en ambos sexos, como la menarquia– se sustenta mediante su interpretación una diferencia dentro del orden social y relacional en la cual las jóvenes habitan, como si la “solidaridad entre generaciones” referida por Dolto (1986) para la transmisión de representaciones y afectos inconscientemente, también se diera apoyando un sistema implícito de representaciones que emergen desde la cultura sobre la mujer, su cuerpo y la relación asimétrica con lo masculino, que se mantienen a lo largo de las generaciones.

Conclusiones y Discusiones

Las prohibiciones, ideales y normas que son transmitidas en la adolescencia, representan una manera de significar estas experiencias en tanto articuladoras de la identidad de género. Estas transmisiones, mayormente a través de la madre, apelan a lo que significa y se representa como el ser mujer o como ellas refieren “ser señorita”, transmitiendo a su vez ideales de género. La menarquia parece ser el momento dentro de la vida de la joven en el que por primera vez sienten de manera más notoria que hay cosas que se pueden y no hacer respecto a su cuerpo,

representado ya no como infantil, sino como de mujer; momento también en donde las transmisiones en torno a lo femenino que habían recibido parecen tomar sentido *après-coup*. Y es a través del cumplimiento de normas e ideales que se adquieren formas de vivenciar este cuerpo de mujer y de desenvolverse de manera adecuada a este nuevo estado.

En la adolescencia se reglamentan restricciones, mandatos e idealizaciones en la relación de las jóvenes con su sexualidad. Si bien históricamente el ingreso a esta etapa se asociaba con la adquisición de la capacidad de ser madre a partir de la menarquia, hoy esta característica no se expone como intrínseca al cambio de etapa femenina, sino más bien como un hecho que se debe evitar. Lo que las jóvenes más valoraban de dejar de ser una niña era el acceso a los emblemas identificatorios del ser mujer: el crecimiento corporal, la vestimenta y estética, o el sentir que ahora se preocupan de escuchar al otro, y mediante esto sentirse parte del grupo de mujeres. A pesar de los nuevos cambios culturales y familiares en torno a las representaciones y atribuciones en torno al género, este grupo de jóvenes mantiene la diferenciación dicotómica y polaridad para la comprensión de las relaciones con los varones.

A partir de observaciones y de reflexionar en torno a esta nueva identidad y cambios psicológicos asociados al estado femenino adulto, es que se instituye también la manera de relacionarse con el otro sexo, representante de la alteridad y del diferente. La figura masculina es expuesta como “los hombres” en tanto grupo externo y diferente frente al cual se erigen tabúes, ya que se resguarda esta experiencia sobre todo para este grupo. La falta de convivencia en el espacio escolar con varones puede facilitar que –a partir del tabú que emerge ante lo desconocido– las jóvenes construyan imaginarios sobre la figura masculina en base a sus propios prejuicios y atribuciones sobre la masculinidad y los hombres, transmitidos por la familia, medios de comunicación, cultura, etc.; manteniendo un cierto modelo de relaciones intergenéricas a partir del desconocimiento del diferente. La sexualidad adolescente se mantiene como tabú, ya que se expone la necesidad de una protección ante el encuentro con la alteridad y la diferencia sexual, que no tiene por qué ser jerárquica, pero que pasa a transmitirse y reproducirse de este modo.

Los mandatos e ideales continúan siendo diferentes y opuestos para cada género, lo cual contribuye a la oposición entre ambos y la falta de reconocimiento: los hombres son representados como “bruscos”, “ignorantes”, “molestos”, y las mujeres, en su ideal, deben ser “bonitas”, “educadas”, “respetuosas”, “responsables”; facilitando y manteniendo la separación de

los varones y la definición de sí mismas a partir del opuesto. Pareciera que las atribuciones del género masculino responden a lo que no se debe hacer o ser, actividades relacionadas con el carácter “amachado” o infantil que las jóvenes referían poseer antes de su menarquia.

De esta forma, se hace importante abordar la problemática de la pubertad y adolescencia más allá de su explicación anatómica, debido a que en este momento se ponen en juego nuevas maneras de vivenciar el género y de relacionarse con el otro sexo. En este momento se construyen y reproducen ciertos ideales e identidades de género diferenciales para varones y mujeres; repercutiendo en la forma de relacionarse entre ambos grupos, representada como una oposición jerárquica de los hombres contra las mujeres. Estas interpretaciones realizadas en torno al cuerpo e imaginarios atribuidos a cada sexo, son responsabilidad de todo el conjunto familiar y social, y no deben ser “naturalizadas” gracias a diferentes tabúes en su transmisión consciente e inconsciente. La promoción desde la infancia de nuevas maneras de entender esta relación intergenérica en el contexto actual es una tarea importante a resolver en la educación de niños y jóvenes.

La sexualidad es un tema tabú dentro del testimonio de las jóvenes, el cual sienten que no puede ni debe ser referido en el espacio público, ya sea familiar y escolar, lo cual tiene profundas implicancias en la construcción de la identidad de género de las adolescentes. Dentro de los diferentes testimonios relatados y manifestados por las jóvenes, pareciera ser que el punto en común de éstos es el temor y el resguardo ante lo desconocido: un cuerpo que cambia y se vivencia como extraño, y los hombres como figura desconocida y diferente. Esta amenaza se vivencia aún más cercana para ellas, ya que la misma menarquia como experiencia implica este desconocimiento frente al propio cuerpo por el cual erigen los tabúes referidos. Se construye una dinámica bajo la cual debido a la desconfianza, se perpetúa el tabú a mencionar y referirse al tema, lo que propicia que la menarquia sea vivenciada en soledad por las jóvenes, manteniendo la falta de relación y confianza con el resto de sus compañeras.

Es una tarea relevante que este temor a lo desconocido, a la sanción social y al ser descubiertas por su menarquia debido a las representaciones negativas asociadas a esta experiencia en el cuerpo de la mujer, pueda ser de manera paulatina suprimido. Una alternativa posible puede referirse a la apertura de espacios de reflexión y diálogo por parte de las jóvenes, ya que refirieron haber valorado de manera positiva la instancia de las entrevistas al no contar con

espacios en los cuales pudieran expresarse ni sentirse escuchadas. Para una de las jóvenes, la apertura de estas instancias y el interés percibido en sus compañeras, fomentó la idea de que el cuerpo y la sexualidad no es un tema tan alejado de la realidad de otras jóvenes ni un tabú en torno al silencio respecto al tema que cumplir. El hecho de que la institución escolar a la cual las jóvenes asistían fuera sólo de mujeres, no propiciaba la idea de un colectivo o comunidad con la cual se puedan discutir y reflexionar sobre la menarquia, tema que compete a todas las jóvenes; mostrándose dubitativas y temerosas a dar su opinión por no haber vivenciado nunca un espacio en el que pudieran expresarla, lo que contradice lo planteado por Sánchez (2003) sobre una mayor apertura del tema en este tipo de modelo escolar no mixto.

La creación de espacios de reflexión de este tipo, facilitaría la comprensión no de “la adolescencia”, sino de “las adolescencias”, ya que cada joven toma una posición diferente respecto a este cambio y las implicancias en su cuerpo, en sus relaciones familiares y en su visión de sí misma. Esta crisis expuesta por las jóvenes de diferentes maneras emerge debido a la falta de un aparato simbólico que logre tratar de manera adecuada esta irrupción corporal. Este aparato puede ser construido a partir del diálogo, favoreciendo el reconocimiento propio, de sus pares y de la sociedad adulta; a través de la consideración de la singularidad de cada joven, propiciando que la confianza y el respeto a la diversidad sean parte del diálogo entre las mismas jóvenes con su grupo de pares. Resulta como desafío para las familias y las instituciones el lograr facilitar la apertura de estos espacios que incluyan modos de relato propios de las jóvenes, para así validar y reconocer los significados, expresiones y cultura que cada joven posee. El lograr gestionar y validar estos espacios puede contribuir a que el tabú ya no funcione de manera rígida para representar a la menarquia, sino que se encuentren otras maneras de significar y simbolizar este cambio para cada joven.

De esta manera, se puede propiciar la construcción de un mecanismo que apoye y escuche la subjetivación adolescente, a partir del explorar a través de los dichos su propia experiencia, significados y representaciones en torno a la menarquia. Hoy existe una pérdida de la pertenencia a estos espacios en las instituciones tradicionales, como la escuela, en la cual para las jóvenes entrevistadas no se otorgaban instancias de escucha y diálogo, manteniendo en este medio, temores hacia la menarquia y otros aspectos del crecimiento y la sexualidad de las jóvenes entrevistadas. Por esto, las mismas jóvenes manifestaron que las entrevistas fueron un “desahogo”.

Para finalizar, la tensión existente entre el expresarse y ser oídas contra la tensión de construir espacios de intimidad psíquica puede ser disminuida –para no recurrir al tabú como solución– mediante la mediación que los adultos (en la familia y escuela) realicen, la cual debe dirigirse más allá de la transmisión de tabúes que muchas veces corresponden a representaciones en torno a su propia pubertad y adolescencia, revivida al observar los cambios de los jóvenes; o bien, a sus prejuicios e imaginarios sobre lo que la pubertad y adolescencia es e implica. Gracias a una escucha honesta y respetuosa de la palabra –así como del silencio– de las jóvenes, pueden propiciarse espacios en que ellas construyan maneras de vincularse en los que prevalezca el reconocimiento del similar, del otro sexo, del otro parental y familiar a partir de la igualdad e integración de las diferencias, más que de una polaridad rígida y de la carencia de significantes para que las jóvenes representen su vivencia y subjetividad dentro del discurso dominante transmitido, lo cual favorece y mantiene los diferentes tabúes y temores en la esfera familiar y sociocultural durante la menarquia de las jóvenes.

Referencias Bibliográficas

- Bardin, L. (1996). *Análisis de Contenido* (2ª ed.). Madrid: Ediciones Akal.
- Beauvoir, S. (1949/1999). *El segundo sexo* (1ª ed.). Buenos Aires: Sudamericana.
- Bilbao, A. & Morlans, I. (2009). *Subjetivización, adolescencia, institución: Psicopatológica Clínica y Social*. Santiago: LOM Impresores.
- Burin, M. y Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad* (1ª ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Cabezas, F., Nebrada, M. & Urra, P. (2002). *La feminidad y lo masculino: relatos de mujer. Análisis de relatos de mujeres del sector Las Cañas de Valparaíso*. (Tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología -o- Psicólogo). Universidad Católica de Valparaíso. Región de Valparaíso, Chile.
- Carril, E. (2000). *Femenino/Masculino. La pérdida de ideales y el duelo*. Recuperado de: <http://www.psiconet.com/foros/genero/fm-ideales.htm>
- Chodorow, N. (2011). *Individualizing gender and sexuality: Theory and practice* (1ª Ed.). New York: Routledge.

- Dio Bleichmar, E. (2000). Anorexia/Bulimia. Un intento de ordenamiento desde el Enfoque Modular-Transformacional. *Aperturas Psicoanalíticas: Revista de Psicoanálisis*, (4). Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000103&=Anorexia/bulimia-Un-intento-deordenamiento-desde-el-enfoque-Modular-Transformacional>
- Dolto, F. (1986/1996). *La causa de los niños*. Barcelona: Paidós.
- Elise, D. (2009). Sexo y vergüenza: la inhibición de los deseos femeninos. *Aperturas Psicoanalíticas: Revista de Psicoanálisis*, (32). Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000604&a=Sexo-y-vergüenza-la-inhibicion-de-los-deseos-femeninos>
- Freud, S. (1918 [1917]/2003). El tabú de la virginidad. En *Contribuciones a la psicología del amor III. Tomo XI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Godelier, M. (1998). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.
- Godelier, M. (2000). Cuerpo, parentesco y poder: Perspectivas antropológicas y críticas. Quito: PUCE.
- González, E. & Montero, A. (2008). Factores psicosociales y culturales que influyen en el evento de la menarquia en adolescentes posmenárquicas. *Revista chilena de Obstetricia Ginecológica*, 73 (4), 236-243. doi: 10.4067/S0717-75262008000400004
- Lyons-Ruth, K. (1999). The two-person unconscious: Intersubjective dialogues, enactive relational representation and the emergence of new forms of relational organization. *Psychoanalytic Inquiry*, 19 (4), 576-617. doi: 10.1080/07351699909534267
- Meler, I. (2007). *La querella psicoanalítica por las mujeres: El debate sobre la sexualidad femenina*. Recuperado de: <http://www.psiconet.com/foros/genero/querella.htm>
- Mella, O. (2003). *Metodología cualitativa en ciencias sociales y educación: orientaciones teórico-metodológicas y técnicas de investigación*. Santiago: Primus.
- Montecino, S. (1997). *Palabra dicha. Escritos sobre Género, Identidades, Mestizajes*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/3197472/Sonia-MontecinoLa-Palabra-Dicha>

- Montenegro, H. (2000). Educación sexual de niños y adolescentes. *Revista médica de Chile*, 128 (6), 571-573. doi: 10.4067/S0034-98872000000600001
- Pérez Serrano, G. (2001). *Investigación cualitativa: retos e interrogantes, Volumen 1* (3ª ed.). Madrid: La Muralla.
- Sánchez, M. (2003). *Creencias y actitudes sobre la menstruación en mujeres universitarias y no universitarias*. (Tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología y Psicólogo, Universidad de las Américas Puebla). Recuperado de:
http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/navegacion/carrera_lps.html
- Silva-Peña, I. (2010). Repensando la escuela desde la coeducación. Una mirada desde Chile. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 15 (35), 163-176. Recuperado de:
<http://www.scielo.org.ve/scielo.php?pid=S1316-37012010000200009>
- Tubert, S. (2000). Anorexia: Una perspectiva psicoanalítica. *Debate Feminista*, 11 (22)
Recuperado de: http://www.debatefeminista.com/articulos.php?id_articulo=509&id_volumen=19
- Universidad de Santiago de Chile [USACH] & Ministerio de Planificación y Cooperación [MIDEPLAN] (2000). *Los jóvenes chilenos: cambios culturales, perspectivas para el siglo XXI*. Recuperado de: http://www.mideplan.cl/admin/docdescargas/centrodoc/centrodoc_199.pdf
- Van Gennep, A. (1969). *Los ritos de paso* (1ª ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- Winnicott, D. (1962). El comunicar y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos. En *Obras Completas de Donald Winnicott*. Recuperado de:
http://es.scribd.com/doc/7123738/Winnicott-Donald-Obras-Completas#outer_page_706